209. *Los hijos del Cid*, por Eduardo Marquina.
210. *La vestal de Occidente*, por Jacinto Benavente.
211. *La gitanilla*, por Diego San José.
212. *El amor no se ríe*, por Felipe Sassone.
213. *Lady Godiva*, por M. Linares Rivas.
214. *Levanta, Magdalena*, por Carlos M. Baena.
215. *La Inmaculada de los Dolores*, por Jacinto Benavente.
216. *El castillo de los Ultrajes*, por P. Muñoz Seca.
217. *Un drama nuevo*, por Manuel Tamayo y Baus.
218. *Porque yo no te quiero*, por Fernando de la Milla.
219. *Pipiola*, por S. y J. Alvarez Quintero.
220. *Lo pasado, o concluido o guardado*, por M. Linares Rivas.
221. *La leona de Castilla*, por Francisco Villaespesa.
222. *Juan Sin Tierra*, por Marcelino Domingo.
223. *Los marqueses de Matute*, por Luis F. de Sevilla y Anselmo C. Carreño.
224. *Vidas cruzadas* (extraordinario: 1 pta.), por J. Benavente.
225. *Cuando florezcan los rosales*, por Eduardo Marquina.
226. *Los medios seres*, por Ramón Gómez de la Serna.
227. *Volpone o el zorro*, por Ben Jonson.
228. *La locura de amor*, por M. Tamayo y Baus.
229. *Nido de águilas*, por M. Linares Rivas.
230. *Pequeñeces*, por B. de Mora y J. de Salas.
231. *La Hermana San Sulpicio*, por Ernesto León.
232. *La carcajada*, por F. de Milla.
233. *Por ser con todos leal, ser para todos traidor*, por Jacinto Benavente.
234. *La felicidad de ayer*, por Juan José Llorente.
235. *La alcaldesa de Pastrana*, por Eduardo Marquina.
236. *Las vueltas que da el mundo*, por S. y J. Alvarez Quintero.
237. *Sombras de sueño*, por Miguel de Unamuno.
238. *La entretenida*, por Felipe Sassone.
239. *El buen demonio*, por M. Linares Rivas.
240. *Los que tenemos cincuenta años*, por E. Reoyo y J. Ramos Martín.
241. *Una muchacha de vanguardia*, por J. de Burgos y A. Custodio.
242. *La bola de nieve*, por M. Tamayo y Baus.
243. *Por los pecados del rey*, por Eduardo Marquina.
244. *Una señora*, por Jacinto Benavente.
245. *Roxana (La Cortesana)*, por A. Torres del Alamo y A. Asenjo.
246. *Los amos de Curtidores*, por Eusebio de Gorbea.
247. *La divina ficción*, por Luigi Chiarelli.
248. *La silla número trece*, por Bayard Veiller.
249. *El jockey*, por J. Conty y G. Vissant.
250. *El poema de los ojos*, por Salvador Rueda.
251. *Judá, Ben-Hur*, por E. Thuillier y J. L. de la Hera.
252. *El oro del diablo*, por L. Navarro y J. M. Pérez-Morís.
253. *Los príncipes caídos*, por Marcelino Domingo.
254. *La cizaña*, por Linares Rivas.
255. *El lobo*, por Joaquín Dicenta.
256. *Los amantes de Teruel*, por Juan E Hartzenbusch.
257. *Aben-Humeya*, por Francisco Villaespesa.
258. *La Dolores*, por José Feliú Codina.
259. *Lo positivo*, por Manuel Tamayo y Baus.
260. *El trovador*, por A. García Gutiérrez.
261. *El señor feudal*, por Joaquín Dicenta.
262. *El rey Galaor*, por Francisco Villaespesa.



DE PP. Y W.

La Novela Sugestiva

DE PP. Y W.

por

ROBERTO CLARK

Ilustraciones de
M E L

22

PRENSA MODERNA

Larra, 13 - Bajo Madrid. Apartado: 8.012

LA NOVELA
SUGESTIVA

DECLARA: que no pretende ser, ni siquiera parecer, una publicación pornográfica: que es, sí, alegre y desenfadada, frívola, galante, picaresca: nada más.

PRENSA MODERNA
IMPRENTA
LARRA, 13 MADRID



ON Enrico di Pisa, italiano avecindado en España, era un hombre extraordinario. Alto, seco, aquijotado, con largos y airosos mostachos a la borgoñona, fino y amable de trato, de ojos vivos, de inteligencia clara, muy principalmente para los negocios, a los que no ponía reparos con tal que fuesen de los que los financieros llaman «buenos negocios», es decir, de los que se parecen muchísimo al milagro del pan y los peces, porque dan un rendimiento de muchos cientos por tanto.

El comercio es la clave de todos los grandes negocios. Comerciando se puede llegar a ricos, con tal de que la mercancía sea del mayor agrado del público pagano.

Y como nuestro hombre, asiduo lector de la Prensa madrileña, sintiese cierta predilección por la última plana de *El Liberal,* y muy principal-

mente por la sección de «Varios» de su importante publicidad económica, dió en pensar y pensar en un gran negocio, en el que, dicho sea de paso, no existía originalidad alguna, ya que el propio don Miguel de Cervantes reconoce en su obra cumbre que los terceros en amores y amoríos son una clase social que no puede faltar en ninguna república bien organizada.

Y como nuestro hombre, el gran don Enrico di Pisa, tenía algunos miles, que ganara en su calidad de empresario de teatros, pasóse muchos días de claro en claro y muchas noches de turbio en turbio hasta dar con el plan «cañón» que le sugiriera la lectura de la sección de «Varios» del gran diario matutino *El Liberal*.

Poco tiempo después, con bombo y platillo, inaugurábase el «Gran Continental Palace Pimp», que se establecía en un local construído al efecto sobre uno de los solares flamantes de la gran avenida de Eduardo Dato, trozo tercero de la Gran Vía madrileña.

Para qué hablaros, del lujo, del *confort*, del refinamiento y buen gusto con que don Enrico montó su famoso continental. Un derroche de luz por fuera y por dentro, un gran salón de buzones para correspondencia amorosa, salón que a determinadas horas de la tarde, siempre a la caída de la tarde, porque es la hora simbólica de las grandes caídas, se convertía en una sucursal de la Bolsa o algo muy parecido, ya que allí se realizaban

toda clase de transacciones, a base siempre de la misma mercancía: la mujer.

La mujer es la mercancía más preciada del mundo. La mejor prueba de ello es que por cada cien arruinados, el ochenta por ciento deben su ruina a la mujer. Bajan y suben las patatas, se eleva o disminuye el precio de los diamantes, del oro, de las piedras preciosas; lo que no tiene tasa nunca en el mercado mundial es la mujer, como mercancía del placer y del amor.

El Continental del signore Enrico era un verdadero palacio del amor, algo así como una gran feria de muestras, en la que cada comprador podía hallar la mercancía humana más de su gusto; pero con una presentación tan lujosa, que las autoridades no tuvieron más remedio, pese a las campañas airadas de *El Siglo Futuro*, que es precisamente el «siglo pasado», que declarar que el «Gran Continental Palace Pimp» constituía uno de los más preciados atractivos turísticos de la villa y corte.

Más de cincuenta botones de ambos sexos, es decir, botones y ojales, servían a la clientela. Una gran pantalla de cine sonoro servía de cartel anunciador de las novedades de cada semana, y allí acudían en verdadero tropel los más relamidos pollos pera, los más decididos tenorios de cincuenta para arriba, las damas más encopetadas, las mujeres más *chic* y las «socias» de mejor trapío de todo el globo terráqueo.

Porque hemos de advertir a ustedes que en la gran bolsa de contratación amorosa del signore Enrico, no sólo se exponían los retratos de las hermosas y de las frenéticas, sino que también se ofrecían hombres de ocasión para las damas caprichosas y las cuarentonas y viudas inconsolables. Porque desde que el mundo es mundo, y hasta que suene la fatal y última trompeta del día del juicio, habrá mujeres que no se resignen a pasar a la reserva, pese a sus años y a los naturales destrozos físicos de su cuerpo ansioso e incansable. ¡Si la sección de Estadística del Ministerio de Trabajo hiciera un padrón femenino en este orden, la cifra de las mujeres que pagan sus ansiedades amorosas se equipararía seguramente a la de los hombres que desde Adán hasta nuestros días vienen pagando a peso de oro la simbólica manzana del pecado riginal.

Pero basta de preámbulo, porque los lectores deben estar ansiosos por visitar, llevados de la pluma que guía nuestra mano, aquel tan pronto famosísimo «Gran Continental Palace Pimp».



UNA de las mejores clientes del «Gran Continental Palace Pimp» era la señorita Gloria. Su gran amor de amar, en el que buscaba la satisfacción de todos sus caprichos y los ingresos de todos sus gastos, le hacía visitar al signore Enrico con una frecuencia verdaderamente extraordinaria. Y como las comisiones que por sus dignos y espléndidos servicios de intermediación cobraba el italiano eran un poquitín menos que usurarios, nadie dudará de la altísima consideración que en aquella casa gozaba la gentil Gloria, protagonista de nuestro cuento fantástico que constituye esta NOVELA SUGESTIVA.

No sé si he de acertar a describírosla en cuerpo y alma. La tarea es harto difícil, y no ciertamente por lo que se refiere al cuerpo, dechado de perfecciones, estatua en carne palpitante y gozado-

ra, diosa del amor, musa de la liviandad. Pero... ¿Queréis conocer su alma? Aquella Gloria de mis pecados y... de los suyos tenía un alma extravagante que, si hemos de creer en la transmigración, debía haber anidado anteriormente en el cuerpo de una gran comedianta. Gloria sabía fingir y caracterizarse, física y moralmente, como la más famosa artista teatral de la humanidad. Y he aquí, lector, lo más interesante de esta novela, lo más sugestivo de nuestra relación, de este trozo de vida del pecado original encarnado en el espíritu de una mujer.

Gloria vivía en un espléndido piso principal de la calle de Serrano, lujosísimamente ataviado gracias a la generosa bolsa de un acaudalado banquero provinciano, cuyos negocios no le permitían visitar a su amante más que las noches del sábado y domingo de cada semana, con la natural excepción, harto deseada por ella, de las largas ausencias a que sus múltiples negocios en el extranjero obligaban a don Nicomedes Pich y Folch a pasar la frontera y estarse días y más días, con sus noches correspondientes, por esos mundos de Dios y del diablo. Días, y sobre todo noches, que aprovechaba nuestra bella Gloria en hacer de las suyas con sus otros dos amantes fijos: un profesor de lenguas vivas, admirable y admirado poliglota, condecorado con no sé muántas cruces y bandas, para quien era Gloria el oasis de sus largas noches de estudios áridos y secos, y un



La sentó sobre las rodillas.

estudiante andaluz, alegre y gentil, fiallardo y calavera, para el cual su amante no era sino la doncellita de la propia Gloria, que por tal hacíase pasar a fin de ser amada por sí misma y sin previa contrata de sus encantos físicos.

¿Cuál de los tres era el verdadero amor, el amor del alma de la señorita Gloria? Ninguno de los tres. Nuestra gran pecadora, la diosa de la liviandad, no había sentido aún en sus entrañas el fuego abrasador de un amor sincero y franco; no había quemado ante el ara del dios Cupido ni el más tenue puñadito de incienso de amor. Todo, absolutamente todo fué para el cuerpo y nada para el alma; todo fué para los sentidos y nada, absolutamente nada para el corazón.

Hemos dicho que tenía tres amantes fijos, y no supimos reflejar exactamente la verdad. No; la señorita Gloria sólo tenía un amante: el acaudalado banquero catalán señor Pich y Folch. Porque ni el profesor de lenguas vivas, don Anselmo Lamineiro, oriundo de Galicia, ni el joven estudiante Paquito Ruilópez tenían por amante a la señorita Gloria, sino que el primero tenía puesto un modestísimo pisito a la linda y modosita mecanógrafa la señorita Pura, y el segundo sostenía sus amores de entretenimiento con la idénticamente linda y pizpireta doncellita de la señorita Gloria, a la que conocía por el nombre de Lolita. Claro está que, como ya se habrá figurado el lector, eran tres personalidades distintas y una sola

pecadora verdadera, pues a Paca la «Traviesa», que tal era su verdadero nombre y mote cuando asistía con otras compañeras a los talleres de una famosa modista madrileña, gustábale ambientar el amor, poniéndolo en escena con todo su atrezo propio de cada caso. Por eso era la señorita Gloria, mundana aristocrática, para el banquero; la mecanógrafa modesta y *demi vierge* Purita, para el profesor de lenguas, sabio y prudente, y Lolita, la chulilla aseñoritada, para el señorito achulado; es decir, que la Paca había desaparecido de sí misma desde el día en que desapareció el hombre...; pero no adelantemos los acontecimientos.





A caída de Paca la «Traviesa» fué como todas las caídas de mujer. La ambición por el lujo, la gratitud por un regalo, la natural ansiedad por conocer los misterios del amor, misterios que las amiguitas se van encargando poco a poco de descorrer y desentrañar, son los impulsores de la caída. El amor suele intervenir poco o nada en estos trances en que las chiquillas ligeras de cascos dan el consabido tropezón que las hace pasar el Rubicón del placer de vivir.

Las conversaciones de aquel día entre las modistillas del taller a que asitía Paca habían sido más incitantes que nunca. Las más iniciadas en los secretos del amor habían referido sus sensaciones más íntimas, describiéndolo con una claridad y una precisión que a nosotros nos está vedada toda la gama de los distintos momentos en

que el hombre y la mujer cumplen uno de sus más importantes mandatos de la naturaleza. A Paquita, un color se le iba y otro se le venía, y en su alma, o mejor dicho, en todos sus sentidos, se despertaba por momentos la ansiedad de ver, oír, tocar y gustar lo que tan admirablemente describían las compañeras iniciadas. Los iniciadores habían sido los novios, los primeros amores de cada una. Paquita no tenía novio, porque hasta aquel punto había rechazado a cuantos pretendientes se le acercaron, atraídos por los encantos materiales de aquella estatuíta de carne como la nieve, moldeada con admirable cincel en aquel pecho alto, redondo, firme, provocativo, y en aquellas piernas finas de cabos y carnosas en su centro, que eran pedestales de unos muslos recios, que iban a expandirse en dos caderas suaves, flexibles, ondulantes. En el fondo de sus ojos negros, que contrastaban con la blancura de su rostro y con el rubio de oro de su pelo, ardía perennemente la llama del amor, de ese amor sensual con el que venimos al mundo todos los seres de la creación.

—Es preciso—pensaba la chiquilla—que yo tenga novio, y pronto, muy pronto. Esta misma tarde a ser posible, que sí lo será.

Y, en efecto, aquella misma tarde, apenas salida del taller, se dió de manos a boca con un muchacho de su vecindad, al que la chiquilla no parecía costal de paja, a juzgar por los piropos y las miradas encendidas que le dirigía siempre que

se encontraban, y al que Paquita no había querido hacer hasta entonces el menor caso. Pero aquel día, ya muy cerca del anochecer, Paca miró al joven con fijeza y dibujó en sus labios carnosos una sonrisa que era no una, sino un conjunto de alentadoras promesas. Separóse de sus amigas, y tomando por una calle poco concurrida, fué acortando el paso hasta que se acercase a ella el que ya tenía por cierto que había de ser su novio, su primer amor, el iniciador en los secretos de la vida.

—¿Adónde va usted por estos andurriales, vecinita?—dijo él acercándose.

—A casa de una amiga. ¿Y usted, adónde camina?—repuso ella envolviéndole en una mirada encendida de amores.

—¿Yo..., yo...? Pues, la verdad, yo venía siguiéndola.

—¡Pues no lo había notado!—añadió Paquita picarescamente—. En fin, ya que al parecer llevamos la misma dirección, iremos juntos.

—Encantado de la vida. Y si usted no tuviera mucha precisión de ver a esa amiga, yo me atrevería a proponerle a usted algo mejor que una visita.

—¿Tan pronto?—exclamó la chica riendo a carcajadas—. Pero si no somos novios, y para eso que usted me propone...

—¿Pero usted sabe lo que yo iba a decir?

—Me lo presumo. Quería usted invitarme al

cine... Y esa invitación no deben hacerla más que los novios a sus novias.

—¿Y qué más quiero yo que ser tu novio, chiquilla? Si desde que te conozco ando por ese cuerpecillo airoso que no doy pie con bola en la oficina. Si me paso las horas muertas esperándote a la salida del taller un día y otro día, y tú sin fijarte en mí, sin hacerme el menor caso, como si yo hubiese sido un ente despreciable, y, la verdad, no creo yo que sea una birria ...

—¡Ay, hijo! ¿Una birria tú? Pues poco jacarandoso que eres.

—¿Somos novios?

—Probaremos, a ver qué pasa—contestó chulona la Paquita.

—¿Entonces..., quiere decir que vamos al cine?

—¡Como ya somos novios!...

—Pues para luego es tarde.

—¡Qué cosas pasan en la vida! ¿Quién me iba a mí a decir hace una hora que esta tarde iba a ir al cine?

Cogidos del bracete, cuchicheando y riendo, fueron caminando hacia un cinematógrafo céntrico y lujoso, cuyos palcos y antepalcos son una maravilla de comodidad y un asombro de discreción.

Una luz rojiza, suave, embriagadora, alumbraba el antepalco, en el que había una hermosa y bien mullida *chaise-longue*.

—¿Pero nos vamos a quedar aquí solos los dos?

—preguntóle Paquita a su galán un tanto medrosilla.

—¡Pues claro, tonta! En las butacas se está muy incómodo y no se ve bien la película. Anda, siéntate aquí, a mi lado, que tengo que decirte una porción de cosas que hace tiempo que quería yo decirte. Ven, acércate más, chiquilla. No tengas miedo, que no te voy a comer.

—Pues no te arrimes mucho, por si acaso.

—Como apetitosa sí que estás para... Bueno. ¿Me das un beso?

—¡Tan pronto!—dijo ella retirando la cara.

—Un beso a nada compromete y a todo sabe. Es la expresión inicial del amor y la explosión de la felicidad de amar y sentirse amado. Ni mancha los labios que lo dan ni los que lo reciben, ni deja huella en el rostro; es heraldo y guía del placer de dos enamorados que con un beso inician su compenetración espiritual y corporal. Un beso es como la chispa eléctrica que funde dos corazones, convirtiéndolos en uno. Déjame, chiquilla, que te bese, y sentirás a un tiempo en tus labios la sed de amar y el agua de la caricia que la apaga.

Paquita mirábale enrojecida por el deseo, extasiada ante la música de sus palabras, abrasada en su propia ansiedad. Y sus bocas se juntaron en un beso largo, tan largo, que parecía de película.

—Quiero beber algo. Tengo sed—exclamó la chiquilla—. Vamos al ambigú.

—¿Para qué? Ya nos traerán lo que quieras.

Hizo sonar un timbre y acudió el acomodador, que abrió la puerta con su llavín, no sin antes golpearla un momento con los nudillos.

—¿Qué desean los señores?

—Un refresco—dijo Paca.

—Lo que va usted a traernos es una botella de champán, pero de prisita—añadió el mocito rodeándola el talle y deslizando sus manos buceadoras por los hombros de la modistilla, rozándole suavemente sus pechos de alabastro.

Pronto quedaron servidos. El camarero, abierta la botella y cobrada, desapareció rápidamente, cerrando la puerta tras de sí.

Paquita bebió una copa, y otra, y otra más. Ella puede decirse que consumió la botella entera, pues él limitábase a mojar los labios antes de ofrecerle cada copa, como si quisiera envenenar el vino con la ponzoña de sus amores y sus ansias.

—¡Se acabó el champán—dijo él—. ¿Quieres más?

—¡No, no por Dios! ¡Ya es bastante, demasiado!... Siento un fuego en mi alma y un calor en la cara... Toca.

—¿Tan pronto?, digo yo ahora como tú decías antes—dijo riendo el muchacho, que la cogió en sus brazos, la sentó sobre sus rodillas y la besó ardientemente en la boca. Hubo un momento de silencio como el que precede a todo sacrificio humano ante el ara de una divinidad. Sólo un rumor de besos, un crujir de sedas, un aleteo de ansiedades,

un vaho de lujuriante deseo, ocupaban y absorbían a los dos amantes. El, ya frenético, enloquecido, fué poco a poco descubriendo, a la luz rojiza y sensual del antepalco, aquella estatua de carne que animaba el amor. Un beso más, otro, otro, y ambos rodaron sobre la *chaise-longue,* confundidos, mezclados, abrazados en ese abrazo del que la doncellez huye despavorida y para siempre.





AQUITA no tenía temperamento de mujer de hogar. Ni la vida matrimonial le halagaba, ni se conformaba con someterse a los rigores de una fidelidad conyugal o de amante. Era paloma sin palomar, sin palomo, dispuesta a lanzarse al espacio, a volar sobre todas las ciudades y templos del amor, sin posarse sobre ninguno más allá de los momentos precisos para quemar en su ara un puñadito de incienso de placer.

Y un día, casada por sus padres con un viejo y rico usurero del barrio, desapareció de su casa, llevándose en el pico un buen pico de aquellas tan mimadas y ocultas pesetas de las que su desdichado esposo *colocaba* cada lunes y cada martes al bonito interés del veinte por ciento mensual.

No sabemos qué sintió más don Fulgencio, que

tal era el nombre de nuestro pobre amigo, si las pesetas voladas o la esposa infiel que volara con ellas. Nosotros estamos por afirmar que lloró más por sus dineros que por sus amores, pues a poco desapareció también de Madrid, diciendo a sus familiares que marchaba a América en busca de fortuna.

¿Qué había sido entretanto de Paquita? Paquita murió. La muerte, esa fría e inquietante dama enlutada cuyo beso acaba con el amor y con todos los placeres y dolores humanos, no la había estrechado entre sus brazos-garras. Es que Paquita, al huir del domicilio conyugal, con no sabemos qué apuesto mancebo, decidió olvidar para siempre su nombre y su estado y dedicar todas sus horas del día y la noche a vivir su vida, a bucear por aquí y por allá, unas veces por el fondo, otras entre dos aguas y otras casi en la superficie del inmenso mar del amor.

—Yo—decía—quiero conocer el placer en todas sus fases y en todos sus aspectos. Ya conocí el amor improvisado, desinteresado, audaz y ladrón, que anida en el antepalco de un cine y que allí mismo nace y muere.

Porque olvidamos decir a nuestros lectores que el galán iniciador de Paquita, asustado de su obra —que no fué toda suya, sobre todo para nosotros que sabemos muy bien que la modistilla se hallaba aquella tarde en el famosísimo «cuarto de hora» en que toda mujer no sabe decir a nada que no, ni aun

por señas—, también salió de estampía, temeroso de que le obligasen a casarse con aquella chiquilla tan fácil a la sugestión de amor, tan propicia, tan pronta para todo. Pero continuemos oyendo a Paquita pensar en voz alta respecto a su presente y sus propósitos.

—El amor improvisado es escantador, y por él he de decidirme casi seguramente. He conocido el amor conyugal, si puede llamarse así a la unión de una niña con un viejo, cuyos besos repugnan, cuyas caricias hielan, cuyos obsequios empalagan y cuyo dinero es lo único digno de estimación. Yo no he nacido para casada, ni aunque entre mi marido y yo hubiese existido un poco de amor. No; no puedo sujetarme a una disciplina, no puedo someterme a un yugo, no me siento con fuerzas para ser fiel a nadie, ni aun a mí misma. Tampoco me seduce ni me agrada la vida marital con un amante. ¡Es tan parecida al matrimonio y tiene tantos gravísimos inconvenientes! Porque el marido engañado suele perdonar y perdona la mayor parte de las veces; pero el amante no perdona jamás, aunque la infidelidad no le duela ni le pese, sino que, por el contrario, sea la tabla de su salvación y la redención de su esclavitud espiritual. Que todo hombre, por muy enamorado que inicie sus amores o amoríos con su amante, acaba por hastiarse, y una vez satisfechos todos sus apetitos de aquella carne, piensa muy seriamente en la conveniencia de cambiar el plato del día en su menú amoroso.

Y claro está que si el enredo lo hizo el amor y la mujer sigue enamorada, fiel, hecha una verdadera mujercita de su casa y con todos los rasgos de una amante esposa, para el prisionero de nuestros brazos es muy difícil la liberación. Cuando nosotras faltamos a la fidelidad ofrecida, el hombre queda en libertad y respira a sus anchas. No; positivamente tampoco me conviene tener un amante en sustitución de un marido. Ni marido ni amante. Pero ¿qué es lo que voy a tener entonces para vivir mi vida, para dar a mis ansias la satisfacción de sus anhelos? Pues dos, tres, cuatro amantes, y además de los de plantilla, los temporeros y supernumerarios que se presenten. Quiero conocer cómo aman los hombres en sus diversas categorías sociales.

Y como por aquel entonces ya estaba montado y funcionando el Gran Continental Palace Pimp de nuestro amigo el italiano don Enrico di Pisa, allá se fué Paquita, después de entrar en «Madrid-París» y vestirse de arriba abajo, dejándose muy cuidadosamente envuelto entre sus ropas de casada su nombre, sus recuerdos y su pasado entero. La que salió del gran magacín era Gloria, la señorita Gloria, entretenida del banquero Pich y Folch, y a la que acompañaba, dentro de su mismo ser, Purita la mecanógrafa, auxiliar femenino del profesor de lenguas vivas don Anselmo Lamineiro, y Lolilla, la doncellita achulapada para el estudiante tunante Paquito Ruilópez.

A partir de entonces, Gloria asistía con frecuencia al Gran Continental, visitaba la sala de retratos, recibía su correspondencia, contestaba las cartitas que merecían contestación y celebraba entrevistas que casi siempre, por no decir todas, terminaban, tras una cena más o menos opípara, en las habitaciones de un discretísimo hotelito que para tales menesteres tenía ella alquilado en las afueras de Madrid.





¡SEÑORITA! ¡Señorita Gloria! ¡Vamos, que es muy tarde!—decía Lolita, la auténtica Lolita, doncella de nuestra heroína, golpeando en la puerta de aquel coquetón y elegantísimo *budoir* donde reposaba la entretenida del señor Pich y Folch.

Gloria, vistiendo un atrevidísimo pijama, dormía en su linda cama turca.

—Voy en seguida—dijo, saltando al suelo y descorriendo el cerrojo de la puerta. Volvióse a la camita corriendo.

—¡Gracias a Dios que logré despertarla!—exclamó la doncellita entrando—. ¡Vaya un sueño profundo! ¡Como se retira usted tan tarde!...

—¡Y qué sueño me has quitado, ladrona! Figúrate que yo era reina del Paraíso.

—¿De qué paraíso?

—Del terrenal. Adán y yo, su mujercita...

—¿Pero usted soñaba que era nuestra madre Eva?

—Eva, Eva antes de ser madre. Como te decía, Adán y yo estábamos sentados debajo del manzano histórico, que nos brindaba sus sazonados y apetitosos frutos.

—¿Y no tenía usted allí más que un Adán?

—¡Ay, uno solo! Pero luego surgieron dos Adanes más. Mis ansias por probar la manzana eran cada momento más vehementes, más irresistibles; mi deseo de saborear la fruta prohibida era ardentísimo... Total, que cogí la manzana más dorada, la más incitante, le tiré un mordisquito con toda mi alma y se la alargué a él para que la probara.

—¿Y se la comió toda?

—¡No, hijita; sólo tomó una pizca!

—¡Qué hombres! ¡Siempre lo mismo! ¿Y lo que él dejó?...

—Pues, lo que pasa siempre en la vida y en todos los paraísos terrenales... Apareció otro hombre y le tiró otro bocadito a mi manzana..., y surgió un tercero en discordia...

—Oiga, señorita Gloria. ¿Viene de entonces lo de la manzana de la discordia?...

—No sé. El tercero también la probó.

—¿Y se acabó lo que se daba?

—¡Qué se había de acabar! Las manzanas, como símbolo del amor carnal, nunca las agotan los hombres. Todos, absolutamente todos dejan intac-



—¡Josú, niña! ¡Y en qué traje me recibes!

to, y como sobra, el corazón. Pero veamós qué hora es.

—La una y media de la tarde.

—Pues da paso al sol.

La doncellita fué al balcón, abrió las maderas, descorrió los ricos tapices que servían de cortinajes, y entró a raudales en la habitación un hermoso y rutilante sol de mediodía.

—Me olvidaba decir a la señorita que está ahí el «Tito».

—Pues prepárame el baño y dile que pase.

—¿Lo va usted a recibir en el baño?

—¿Por qué no? Tú ya sabes que el «Tito» es inofensivo. Oye, Lolita: si llama al teléfono el señorito Paco, dile que te deje el número del del café para avisarle yo luego si se me antoja. Pero adviértele que no se le vaya a ocurrir venir por aquí.

—Voy ahora mismo.

Salió la doncellita y Gloria se despojó del pijama, quedando completamente desnuda. Su cuerpo airoso, incitante, iba adquiriendo cada día más audaces atractivos. Su pecho, duro y erguido, habíase fortalecido y redondeado. Sus caderas amplias, de suavidad embriagadora, remataban en unos muslos de alabastro y en unas piernas de admirable línea.

—¿Se puede, niña?—dijo desde fuera una voz atiplada que, aun siendo masculina, dejaba lugar a duda respecto al sexo de su dueño o dueña.

—Pasa, «Tito». Estoy en el baño.

Y la estatua de carne se sumergió en el baño, dejándose acariciar sensualmente por el agua.

—¡Josú, niña! ¡Y en qué traje me recibes! ¡Menos mal que a mí..., piscis! A lo que venía.

—¿Qué noticias me traes? ¿Has estado en el Continental? ¿Has recogido mi correspondencia? ¿Echaste en los distintos buzones todas las cartas que te di? ¿Te ha dicho algo importante don Enrico? ¿Hay alguna novedad?

—¡Josú, hija; pos no ere tú naide preguntando!

El «Tito», como ya se habrán percatado los lectores, era el rodrigón, la persona de confianza de Gloria. Viejo cantador de «jondo», se conocieron en muchas juergas de las que tanto gustaban a nuestra heroína. Un día vino a verla y le expuso su situación angustiosísima, pues ya nadie contaba con él porque los años, implacables, habían dado vida a otros artistas jóvenes que le habían desplazado del pedestal de su antigua fama. Gloria lo recogió, haciéndole pasar por su tío ante los ojos candorosos del profesor de lenguas vivas, en cuya casa lo tenía alojado.

—Cuéntame pronto lo que haya—añadió Gloria con vehemencia.

—Pues ná, que vengo der Continentá; que he visto al señor Enrico, que he recogido tu correspondencia, que he echao tus cartas y que hay algo sensacioná, porque el italiano me ha dicho: «Dile a tu ama que hay novedades y que dentro de media hora iré yo por su casa para que vea una cosa

que le va a entusiasmá.» ¡Serán unos pendientes, digo yo!

—Pronto. Coge el teléfono y llama ahora mismo al Continental. ¡Que venga en seguida don Enrico!...

—¡Voy, niña, voy!

Lolita, que desde el primer momento se hallaba presente a la entrevista, recogió las cartas y fué abriéndolas una a una y leyéndolas para sí.

—¿Hay algo de particular?—le interrogó Gloria.

—Nada que merezca la pena. Cuatro chalaos que quieren lo que todos... '¡Qué hombres!

En el momento en que el «Tito» iba a descolgar el teléfono para llamar al signor Enrico, sonó el timbre furiosamente.

—Trae. Yo hablaré, por si acaso—dijo Gloria, cogiendo el auricular y poniéndose al habla.

—¿Pero es que hay argún otro moro en la costa, niña? ¡Cuidao que eres ansiosa! ¡Como un día reúnas en el mismo local a toos tus amantes va a pareser que ar fin hay sesión en er Congreso!

—¡Cállate ahora!—díjole Gloria, escuchando sonriente a quien por el teléfono le hablaba—. ¡No, no es a ti, sigue! Sí, sí. Es a la... compañera... Hoy es imposible... Estamos esperando de un momento a otro al señorito..., el banquero, sí... Y ya sabes que cuando él está en Madrid no me deja la señorita ni asomarme a un balcón...

No, no le esperábamos... Claro... Viene los sábados por la noche en el rápido y se marcha el domingo por la noche... Ya sé que hoy no es sábado; pero ha telegrafiado su llegada... ¡Qué le vamos a hacer! ¡Quien paga manda!... Sí, rico. Esa es la vida... ¡Cá! ¡No tienes tú dinero para pagarme a mí los servicios! Y que lo digas: ¡soy la doncella más cara de Madrid! ¡Qué bruto eres!... ¡Ja, ja! Me refiero, naturalmente, a la profesión... ¡Ansioso!... ¡Te prometo un cuarto de hora y... hasta hora y media! ¡Y yo también! ¡Qué vehemente eres, chico! ¡No, no! ¡Como me llamo Lolita!

—¡Pos pué estar tranquilo de que es verdá!

—¿Te quieres callar?... Sí, sí; le digo a la compañera, que es una envidiosa. ¡Ja, ja! Bueno, pues si por casualidad me quedara libre un momento te daré un telefonazo. ¡Adán! ¡Eres un Adán! ¡Venga ese beso de vermut! ¡Allá va el mío!

—Creí que no acababa nunca la conferensia. Paquito, ¿no?

—Paquito. ¡Es mi hombre!

—¿Tu hombre? ¡Como te llamas Lolita!

—Que se ha empeñado en llevarme esta noche a la Cuesta.

—¡Vaya, niñas, abur! Me voy pa mi nido, no vaya a ir er profesor y se encuentre er piso serrao.

—Hasta luego, «Tito». Y si hay novedad llamas

por teléfono en seguida. Lolita, dame la «coba».

Y la señorita Gloria, ayudada por su doncellita, no menos linda y pizpirieta que ella, comenzó la ardua y larguísima tarea de pintarse los ojos, los labios, las uñas y los lunares.





UN no habían terminado su tarea ama y doncella, cuando el timbre de la puerta anunció una visita.

—¿Han llamado?—dijo Gloria con ansiedad.

—Sí. Voy a ver.

A poco entraba en el *budoir* nuestro ya casi conocido y amigo don Enrico di Pisa, que llevaba bajo el brazo un gran rollo de papeles, que no eran sino varias ampliaciones fotográficas con las novedades que se ofrecían en aquellos días a los clientes del Gran Continental Palace Pimp.

Avanzó con gran continente, pues el italiano sabía dar gran prestancia a su noble profesión. Saludó a Gloria con una sonrisa de satisfacción y, previa una reverencia, tomó asiento.

—Estaba impacientísima por recibir su visita. Ya me dijo el «Tito» que había noticias.

—¡Y qué noticias, per Dio! ¡Interesantísimas, sensacionalísimas, estupendísimas!

—Pues soy toda oídos...

—Como usted es mi cliente más importante, la predilecta, la más *carissima*...

—El que es cada día más carero es usted; pero adelante, amigo mío.

—Decía que como usted es la flor y nata de mi Continental, he querido apresurarme a visitarla para ofrecerle la más sensacional novedad del día...

—Pero ¿qué es?, o mejor dicho, ¿quién es? ¡Lo improbable! ¡Lo más acuciador para usted, que es mujer insaciable en sus caprichos y que, además, sabe corresponder con este poberino!

—¡Al grano! Que me está usted pintando las cosas tan de color de rosa...

—¡Oh, calma! ¡Una poquitina di calma! A lo mejor, lo encuentra usted demasiado... negro.

—¡Cómo! ¿Un negro?

—Pues bien, signorina mía: se trata de satisfacer un pedido de usted insistentemente manifestado. ¡Cuántas veces no me ha dicho usted, con esa voz de plata, a la que no se le puede negar cosa alguna: «¡Signor Enrico: yo deseo conocer íntimamente un moro!» ¡Y qué pedido, amiga mía! ¡Figúrese que se trata, nada menos, que de un joven llamado Muley Yusuf Ben Pistón, gran deportista a la usanza de su país. ¡Es un jinete incansable y un tirador certero!

—¡Ay, ay, ay! ¡Mi sueño dorado! ¡Mi ilusión! ¿Y es negro?

—Negro; de un color ébano que arrebata.

—¡Dios mío, qué felicidad! ¡Ahora sí que lo veo todo de color de rosa!

—Y además—añadió el italiano ahuecando la voz para dar más campanuda importancia a sus palabras—, es rico, riquísimo: ¡lo que se dice verdaderamente millonario!

—Lo siento—exclamó Gloria con sincera abnegación.

—¿Que lo siente? ¿Usted?

—Lo hubiese preferido pobre para que no enturbiase mi ilusión de mujer un pensamiento ambicioso de mundana...

—Pues con no acordarse de esa circunstancia...

—¡Es tan difícil olvidar, ni aun en los momentos más culminantes, que el hombre a quien amamos es rico! ¿Y a qué viene a Madrid?

—A estudiar. Quiere hacerse abogado.

—¡Bravo! ¡Otro estudiante! ¡Paquito de Medicina y éste de Derecho! ¡El uno blanco y el otro negro! ¡Qué feliz voy a ser! ¿Será joven?

—Casi un adolescente; pero recio, fuerte, varonil, apasionado. En cuanto llegó a la corte, anoche mismo, estuvo en el Continental y me dijo: «Ya se sabe hasta en Marruecos la existencia de este gran establecimiento, y vengo a que me sustituya usted mi harén.

—¡No, eso sí que no! ¡Yo solita, la exclusiva para mí! Yo le pagaré a usted cuanto pida. Y si él necesita dinero...

—Pero ¿no le he manifestado que es riquísimo y su padre es archimillonario?

—¿Y no piensa venir por aquí el papá?—preguntó ella instintivamente—. Pero ¡qué tontísima soy! ¡Ya no me acordaba de mi gran ilusión!

—Y ahora voy a exhibirle la fotografía.

El signore Di Pisa cogió ceremoniosamente el rollo de papeles, y sacando una gran ampliación, sin mirarla, le presentó a Gloria el retrato de un pollito de esos en quienes la naturaleza anduvo algo indecisa en la determinación.

—¡Y para qué quiero yo esto!—dijo Gloria, dándole un manotón al retrato.

—¡Oh, perdón! ¡Una errata! ¡Ecce Homo!

Ver Gloria el retrato del árabe y caer casi desfallecida de emoción, fué todo uno.

—¡Qué guapísimo es, don Enrico! ¡Viva mi moro!—gritó en el colmo del entusiasmo—. ¡Mira, Lolita, mira!

—¡Otro moro en la costa!, como diría el «Tito» —repuso picarescamente la doncellita.

—¿Te gusta? ¡Es un sol, un verdadero sol!

—Pero en eclipse—añadió burlonamente Lolita—. Y esto ¿para quién es?—preguntó don Enrico recogiendo del suelo el retrato del pollito mixto de pardillo y jilguero.

—¡Oh, traiga, traiga! Es un encargo especial de don Leandro. ¿De modo, signorina Gloria, que le agrada el pedido?

—¿Cómo agradarme? ¡Me enloquece de alegría! ¡Y bendigo a Alah que me lo trajo!

—Poco a poco, que no fué Aláh, sino yo.

—Es lo mismo.

—Para mí, no; porque a lo mejor le paga usted la comisioncita a Aláh, y a mí me deja por puertas...

—Bueno. ¿Y qué le debo?

—Dos mil pesetas de entrada y el veinte por ciento de los productos netos...

—Pero si yo lo voy a hacer gratis.

—Pero yo no.

—Trato hecho. Para mí el morito. ¿La presentación?...

—Mañana, a la una de la madrugada, en el Continental. Doy un té a todas mis clientes, y habrá gran recepción, baile y una hora de intercomunicación.

—Pues no faltaré.

—Los pagos, como usted sabe, son anticipados.

—Es verdad. ¿Y dice usted que el morito es muy rico?

—Sí; riquísimo.

—Pues allá van las dos mil pesetas y mil más a cuenta de los beneficios.

—¡Oh, vamos! Al fin va usted a cobrar...

—¡Como usted no lo hace gratis!...

—¡Ni usted tampoco!

—¡Es verdad! ¿Para qué quieren los hombres el dinero?...



APENAS quedaron solas Gloria y su criadita de confianza, volvieron a desenrollar el retrato y a mirarlo y remirarlo con gran curiosidad.

—¡Mi moro! ¡Viva mi moro! ¡Se cumplió mi deseo! ¡Qué feliz voy a ser, Lolilla!

—Pero ¿y don Nicomedes?

—¡Que lo zurzan!

—¿Y el catedrático de Lenguas vivas?

—¡Que lo escarlaten!

—¿Y Paquito?

—¡Que lo rifen!

—¡Ay, si a mí me tocara!...

—Pues, mira, estaba por regalártelo.

—¿Y su marido?...

—¡Que lo embolen!

Un automóvil, tras los dos o tres bocinazos de rigor, se detuvo a la puerta. Lolita se asomó al balcón.

—¡El!

—¿Mi moro?

—¡Qué moro! ¡El pagano: su banquero!

—¡Pues éste me va a pagar a mí también lo del morito!

Y en tanto que Lolita, siempre previsora, llevase a esconder el retrato y las cartas recibidas, Gloria vuelve al tocador y se da unos toquecitos.

Don Nicomedes Pich y Folch frisaba en los sesenta. Bajo, regordete, mofletudo, de aspecto bonachón y de ojillos relampagueantes por la lujuria, a la que se rinde con armas y bagajes. Entró llevando en la mano derecha un maletín y en la izquierda un bellísimo y gran ramo de flores, que ella coge y va a colocar sobre la mesa.

—¡Bien venido sea, mi señor!—le dice con zalamería—. Puedes creer que ya necesitaba verte.

—¡Hum!...—gruñó sonriente don Nicomedes, que ya sabía todo el verdadero valor electivo y metálico de las carantoñas de su amante—. ¿De veras que deseabas verme?

—Te lo juro. ¡Tú no sabes lo que yo te quiero!

—¿Cuánto?

—Muchísimo. ¡Eres tan bueno, tan cariñoso, tan generoso conmigo!...

—¡Ya, ya! Dame un abrazo. Aun no me has dado ni un beso.

—Espera. Luego; cuando estemos solos.

—Pero si ya lo estamos.

—No importa. Antes quiero...

—¿Ver los regalitos que te traigo? Pues sea. Mira qué sortija. Es un camafeo.

—¿Como tú? ¡Y dices que es camafeo! ¡No, señor, que es lindísima! ¿Y qué más? ¿Y qué más?

—Todo lo que hay en este maletín es para ti: trajes, joyas, encajes. ¡Me he gastado una fortuna!

—¡Qué buenísimo eres, Nico de mi alma! ¡Lo que te quiero, rico!

—¿Cuánto?... ¿Mucho, mucho, mucho?...

—Cinco mil pe... Digo, cinco millones de arrobitas. Y ahora venga ese abrazo y un par de besitos.

—Luego, a la noche.

—¿A la noche? ¡Sabe Dios dónde estaré yo esta noche! Dentro de media hora salgo para Sevilla, Cádiz, Jerez y Marruecos. Allí, a lo mejor, me paso al moro.

—¡Y yo también! ¿De modo que es verdad que te marchas en seguidita?

—Sí, riquina. Dentro de veinte minutos. En el auto me espera un banquero de Gibraltar, con el que hago el viaje.

—Y ese banquero, ¿es tan rico como tú?

—Más. Muchísimo más.

—Conque... ¿muy rico?

—De Puerto Rico. ¿Lo quieres más rico? Pero, anda hijita. Que sólo me quedan quince minutos que estar a tu lado y quiero aprovecharlos... ¡Vaya! ¡Ahí va la propinilla por adelantado!

—¿Mil pesetas nada más?

—Pero, hijita. ¿No tienes bastante? ¡Ah, me olvidaba decirte que, como no sé el tiempo que durará mi excursión, acabo de poner en tu cuentecita del Banco quince mil pesetas para que no te falte nada hasta mi regreso.

—¡Qué cariñoso y qué bueno eres, rico!

—De Puerto Rico. ¡Yo también soy de Puerto Rico!

—¡Vaya! Lo prometido es deuda. ¡Ahí va el abrazo!

—Bueno, pero...

—No, no. Eso sí que no. Vas a ponerte en camino, necesitas fuerzas...

—¡Pero si voy en el auto! ¡Anda, tontita! ¡Mira que sólo faltan diez minutos!...

—¿Diez minutos nada más? Entonces, ya lo ves: ¡es imposible! A la vuelta. ¡Eres demasiado fogoso e impaciente!

—Pero ¿no te he dicho que a lo mejor tardo dos meses en volver?

—¡Qué oigo, Dios mío! ¿Dos meses? ¿Y te vas y me dejas... con tan poco dinero!... ¡Esto es abandonarme! ¡Es que ya no me quieres, Nico!

¡Tú me engañas, Nico mío! ¡Ah, y si yo supiera que me engañabas..., te rociaba la cara con vitriolo! ¡Engañarme tú! ¡Abandonarme tú! ¿No te da vergüenza irte y dejarme así, con solo quince mil pesetas? ¿Y si me pongo malita?

—Bueno. Toma. Cinco mil pesetas más—dijo, alargándole cinco pápiros de los grandes—. Y ahora déjame que estreche entre mis brazos ese cuerpecito tan, tan...

En la puerta sonaron varios golpecitos.

—Han llamado—exclamó Gloria.

—Era yo, que de la emoción tartamudeaba y decía tan... tan...

Volvieron a sonar los golpes en la puerta, ahora con más fuerza, y el pobre pagano exclamó retirándose de Gloria, a la que tenía en plan de cobrarse, aunque *carissimo,* como diría don Enrico, sus veintiún mil pesetas de aquel fracasado cuartito de hora:

—¡Porra! Pues no soy yo solo el del tan..., tan... tan...

Entretanto, Gloria se había desprendido de los brazos del viejo y abierto la puerta.

—Señor—dijo Lolita entrando—. Ese caballero que está esperando en el auto del señor dice que si el señor no baja en seguida que se marcha solo...

—¿Lo ves, rica? ¡Si te estaba diciendo que no había tiempo que perder!

—Y no se ha perdido—repuso ella, acariciando

los billetes—. Adiós, rico mío. Hasta la vista. Otra vez vienes con menos prisas, porque ahora me quedo yo aquí solita y sin nadie que me mime ni que me quiera... ¡Nada, que no voy a tener más remedio que pasarme al moro!

—¡Adiós, hijita! ¡Y a ver si el moro es más afortunado que yo!

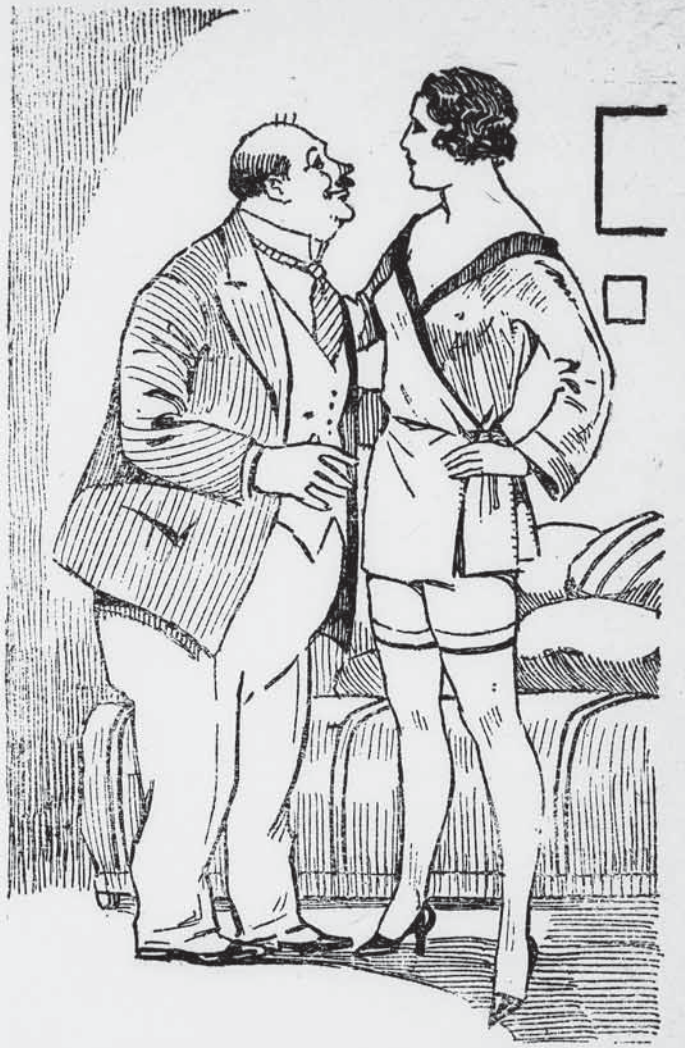
—Lo será. Te lo prometo.

Apenas don Nicomedes salió de la habitación, Gloria, saltando de gozo y haciendo flamear en alto sus seis mil pesetas, gritaba:

—¡Viva mi moro! ¡Viva mi moro!

Un golpe de teléfono le sacó de su entusiasmo. Descolgó el auricular y escuchó.

—¡Ah, eres tú, Paquito mío!... El señor acaba de marcharse... Sí, sí. A su pueblo... ¡Tarrasa! ¿No lo sabes?... ¡Te invito a cenar!... No; esta noche pago yo y además me emborracho... ¡Una buena propina y nada más!... ¡Qué mal pensado eres! ¡A mí tocarme el señorito ni al pelo de la ropa!... ¡Yo soy muy decente!... ¡Pero muy decente!... ¡Hombre, contigo es otra cosa!... ¡Tú no conoces a tu Lolita!... ¡Qué loco eres!... ¡Iremos a la verbena..., y a meterme en la cama después!... ¿Cómo? ¡Eso quisieras tú, ladronazo!... ¡En fin, veremos si hay manera de pluralizar! ¡Ja, ja, ja! ¡Voy a retocarme un poquito para gustarte más!... ¡Gracias; pero siempre es bueno retocarse! ¡Hasta luego!... Me



—Que estreche entre mis brazos.

esperas, como siempre, en el café Cervantes. ¡Adiós, rico mío!

Gloria, ayudada por su doncella, se despojó del pijama y comenzó a vestirse un sencillo pero elegante traje de doncellita de casa grande.

—¡Qué contenta estoy, Lolilla!

—¿Cuánto?

—¡Mira! ¡Seis mil beatas!

—¡Qué cielo de hombre! ¡Ay, si yo pillara uno así!

—¿Y tu indiano? ¿Sabes algo de él?

—Según dice el señor Enrico, debe estar ya en Madrid, y me va a proporcionar una entrevista con él; pero como una no tiene dinero...

—¡No te preocupes por eso! ¡Te convido yo!

—¡Ay, señorita Gloria! ¡Es usted un cielo!

—¡Ya me lo presentarás cuando venga!

—¿A usted? ¡Ni que estuviera yo mal con mi dinero!

—Puedes estar tranquila, porque ahora con mi morito no voy a tener tiempo para nada...

—Pues yo no me fío de usted ni un pelo.

Otro golpe de teléfono volvió a interrumpir el coloquio.

—Ponte tú, a ver si es algún pelmazo, Lolita.

—¿Es usted, «Tito»?

—A ver, trae—dijo Gloria, quitándole nerviosamente el auricular de la mano—. Sí, yo soy. ¿Qué?... Pues voy en seguida para que me coja

ahí cuando llegue... Adiós. Hasta ahora... Y tú desaparece, que no te vea... Tengo que cambiarme de ropa... Abre la máquina de escribir y desparrama por la mesa muchos papeles escritos... Adiós—y soltando de un golpe el auricular sobre el teléfono exclamó—: ¡Qué fastidio de hombres! Anda, dame en seguida el traje de mecanógrafa. Si llama Paquito, le dices que me espere y que tenga paciencia, que antes de las nueve estaré en el café. ¡Ay, Lolita, lo que envidio tu tranquilidad!

—¡Pues si viera usted lo que envidio yo... la intranquilidad de usted!

—¡Y llevas razón! ¡Viva mi moro! ¡Viva mi banquero! ¡Viva mi catedrático! ¡Viva mi estudiante!

—¡Ay!, cuando podré yo gritar: ¡viva mi indiano!





A ha pasao la media hora y la señita Pura sin llegá! ¡Como venga er catedrático y no la encuentre, bueno se va a poné! ¡Con lo moralísimo que é!—exclama impaciente nuestro amigo el «Tito», en tanto que colgaba en un clavo de la pared un retrato suyo, haciendo pareja con otra ampliación de una señora vieja y fea como un demonio—. Han llamao. Ella debe ser.

—Buenas tardes, «Tito». La señorita Pura viene en seguida. Me he adelantao yo por si acaso.

La entrante no es otra que Lolita, que viste un traje de criada lugareña, papel que desempeña en casa de su señorita durante las horas en que ella representa a su vez el *roll* de Purita la honesta y laboriosa mecanógrafa, protegida de don Anselmo Lamineiro, el sabio profesor de Lenguas vivas de la Academia Ultramontana.

Purita había puesto un anuncio en *El Liberal* redactado en estos o parecidos términos:

«Señorita decente, mecanógrafa, joven y bien parecida, solicita protección de caballero honorable de posición. Escribid: Purita, Gran Continental Palace Pimp.»

Lloviéronle las respuestas, y como Purita era la firmante del anuncio, Purita fué la protegida de don Anselmo Lamineiro, el cual, a cambio de su protección de trescientas pesetas mensuales, sólo exigía algunas caricias sin importancia, a las que él correspondía con largueza.

—¡Es que ha salido usted lo que se dice hablando!

—Sí; no está má. ¡Caprichitos e mi niña! ¡Necesitaba un papá y una mamá... pa andar por casa!...

—Por esta casa, que en la otra le basta con su «Tito».

—En las otras casas no necesita retratos de sus difuntos padres a quien llorarles cuando está delante er catedrático.

—Pero usted, para don Anselmo, ¿es ya fiambre?

—Pa seis años va que faccesí... Lo cuar que no me hase mardita la grasia, porque a nadie le gusta artuar de difundo padre...

—Y esa señora, ¿es su esposa de usted?

—¡Quiés callá, hija de mi arma! Yo no he pensao en casarme en jamás.

—Ha hecho usted muy bien. Usted ¿para qué?

—¡Pa na, niña! ¡Pa na! Pos, como te desía, ese retrato lo compré en er Rastro er domingo pasao... Como er don Ansermo estaba siempre diciéndole a la niña: «Purita, qué ganas tengo de conoser a tus difuntos padres.», pues fué la señorita Gloria...

—Pura, Purita—exclamó, rectificándole Lolita—. No olvide usted que aquí es Pura...

—Siempre me equivoco. ¡Como no es Pura más que en esta casa! En fin, que me hizo esta ampliación y aquí me tiés corgao de un clavo de cuerpo presente. Y me voy, que don Ansermo debe estar ar caé, y como nos tropecemos en la escalera y reconozca en mí ar difunto padre de Purita, er que se va a caé rodando va a ser él.

—Vaya usted con Dios, «Tito». Y tenga cuidado no vaya a tropezarse con el catedrático...

—¡Como que zi me ve va a crer que ha llegao la hora de la resurrección de la carne...

—Querrá usted decir la de los huesos.

Y es que el pobre «Tito» sólo conservaba de su ser material el pellejo y los huesos.

Un momento después de marcharse el «Tito» entraba Gloria, o mejor dicho, Purita, la linda y casi honesta protegida del viejo catedrático de Lenguas vivas.

—¿Llego a tiempo? ¡Y el caso es que tengo que irme en seguida!

—Sí. Todavía no vino. Ya lo tiene usted ahí.

En efecto, don Anselmo hizo su entrada en la habitación llevando en la mano una pequeña bolsita de caramelos. Purita, sentada a la máquina, se puso a escribir.

—¡Hola, hijita! Siempre tan trabajadora. Puede usted retirarse, Pascuala—dijo a Lolita.

—Ya, ya me iba, zeñorito. Ya zé que estorbo...

—Váyase, y no replique. Ea, ya me tienes a tu lado, Purita preciosa. Pero deja ahora la escritura. Tenemos que hablar...

—¡Ay, ahora no! Mañana. Otro día. Estoy atareadísima. Tengo que entregar este trabajo.

—No es preciso que te mates trabajando...

—Si no me mato, don Anselmo. Es que no quiero serle demasiado gravosa, y claro, está todo tan caro...

—¡Vaya, toma! Ahí tienes diez duritos para que te ayudes...

—¡No, don Anselmo, no! De ninguna manera. Usted también vive de su trabajo, y estos extraordinarios...

—Toma. Tengo yo mucho gusto en que cenes bien esta noche. Lo que siento es que vas a cenar solita...

—No; no se preocupe usted. Ya procuraré que alguien... me acompañe.

—Bueno, hijita. Tengo que hablar contigo.

—Y yo también. Pero es el caso que...

—¿Es que necesitas más dinero?...



—¡Absorbente! ¡Definitiva!

—¡Ca, no señor! ¡Si tengo más de... lo que necesito!

—Bueno, pues ya me lo dirás tú otro día. Hoy necesito que me perdones, porque tengo que darte una mala noticia...

—¡Ay, Dios mío!

—No; no te asustes, preciosa. Si no es nada malo. Es que ha venido de París un compañero, profesor de Lenguas de la Sorbona, y..., ¿sabes?..., quiere que le acompañe a visitar algunas importantes Bibliotecas. La de El Escorial, el Archivo de Simancas, la de la Unión Patriótica... Y, claro, he de estar ausente de Madrid un par de días.

—¿Nada más?

Y para remediar la explosión de alegría, fingió que se echaba a llorar.

—¿Lo ves? ¡Ya estás llorando! ¡Vamos, si tú me quieres!...

—Sí, sí. ¿Cómo no?... ¡Váyase usted enhorabuena! ¿Y dice usted que sólo dos días nada más? ¿Me promete usted que su ausencia no durará más que cuarenta y ocho horas? Mire que si luego viene antes..., digo después...

—No. Te lo prometo. Te lo juro.

—No me engañe, porque tendríamos un serio disgusto... ¿Y no les acompañarán mujeres?...

—¡Por Dios, Purita! Te juro que no. ¡Y no me seas celosilla, que ya sabes tú... ¡Vaya! Me

voy, que me esperan esos señores. Adiós. Toma. Un besito. Adiós.

—Adiós, querido protector.

Salió don Anselmo. Purita saltó de gozo.

—¡Ea! Hoy estoy de suerte. Mi morito negro es quien me la trae. Y ahora al café, que mi Paquito estará desesperado. ¡Pero tiene una tantísimos pedidos!...





ECHA la nueva transformación, Lolita, la falsificada Lolita, doncella de la señorita Gloria, se presentó en el café, habiéndose puesto un traje lujoso y llevando al brazo un mantón de Manila.

—¡No dirás que no vengo en plan de verbena, chiquillo!

—Ya. Ya lo veo—dijo Paquito a su amada—. ¿Y de dónde has sacado ese traje y ese pañolón!

—De mi ama. ¡Como se ha marchado con mi amo de viaje!

—¡Ah, vamos! ¡Me habías puesto en cuidado!

—¿En marcha?

—Pa luego es tarde—repuso chulonamente Lolita—. ¡Y que voy a ir yo poco ancha del brazo de mi Paquete!

—¡Como que van a creer que vienes de la compra! ¡Con un paquete al brazo y que resulta que es un pollo!...

—¡Has estao bueno, chiquillo!

—¡Ah! Me olvidaba de decirte una cosa. ¿Tú estás libre todos estos días, como es natural, no?

—¿Por qué lo dices?

—¡Como tu ama está de viaje!...

—Es verdad. No me acordaba... Pero...

—Pues verás; es el caso que mañana por la noche no puedo acompañarte... Y lo siento... Se trata de un amigo de casa que está muy grave, y tengo que pasar la noche a su lado...

—¿Y hoy?...

—No; hoy, no. Hoy está mejor... Pero si vas a enfadarte por eso...

—¡No, tonto! La excusa no te ha salido muy redonda; pero con tal de que no me la pegues...

—¿Quién? ¿Yo?... ¡Qué cosas tienes! ¡Te juro, Lolilla mía, que yo no quiero a nadie más que a ti!

—¡Lo mismo que yo! Pero si me entero de que me haces de menos con otra...

—Te pasas al moro, ¿no?

—¡Y dale! ¿Pero es que la habéis tomado todos con el morito?

—Como siempre estás tú diciéndolo...

—Eso era antes... Pues sí, me paso al moro y... ¡a vivir!

—¿Vamos a cenar?

—¡Vamos!

—¡Y que, por lo menos tú, vas a cenar hasta pollo!



El signore Enrico di Pisa y el numerosísimo personal a sus órdenes se habían desvivido por que la recepción y presentación a su numerosa y elegida clientela del moro Muley Yusuf Ben Pistón en el Gran Continental Palace Pimp fuera realmente extraordinaria y revistiese todos los caracteres de una sensacional fiesta mundana.

Por su parte, nuestra heroína, la señorita Gloria, que figuraba en los carteles-anuncio con el nombre de guerra de la «Bella Lindaraja», había hecho también grandes preparativos. Su modista, trabajando toda la noche, habíale confeccionado un traje de odalisca moderna, porque allá en Marraquech, la Turquía y hasta en la misma Arabia feliz, la moda, con sus imperativos categóricos había impuesto el calzón bombacho transparente

y el escote de pecho y espalda hasta un poco más allá de las respectivas fronteras de lo justo. Los brazos, esos brazos de rosado mármol, que terminaban en las manos de nieve, que parecían labrados por el propio cincel de Fidias, lucíanse espléndidos, maravillosos, ligeramente velados por el blanco tul que los envolvía. ¿Es preciso añadir que la «Bella Lindaraja» estaba hecha una verdadera hurí, de las que tanta y tanta delicia ofrecen en el Paraíso a los elegidos de Mahoma?

El signori Enrico, hombre galante, aunque, como buen confitero, ya tenía aborrecido el dulce, no pudo por menos de exclamar al verla:

—¡Per la Madonna! ¡Admirabilísima! ¡*Imánica!* ¡Absorbente! ¡Definitiva! ¡El moro se rinde! ¡Se rinde!...

—Con armas y bagajes, ¿no?—dijo ufana y sonriente nuestra bella protagonista.

—¡Se cae! ¡Se cae con todo el equipo! ¡Hurra!

—¿Ha venido ya mi morito?

—Y está recorriendo todas las dependencias. ¡Las cabinas reservadas para las entrevistas de conocimiento e intercomunicación le han producido verdadero asombro!

—Pues vamos a buscarle.

—Sus indicaciones y deseos—dijo reverenciosamente el signor Enrico—, son para mí órdenes dictatoriales.



OLITA, la bella doméstica de Gloria, era también feliz aquella noche. El indiano, aquel rico repatriado con cuyos pesos argentinos soñara hasta despierta, había llegado al fin. Momentos antes había tenido lugar en una de las cabinas de intercomunicación la primera entrevista.

—¡Ahora verás, indiano mío—decíale Lolita—, lo que vale una mujer como yo!

—Pero vuelve a jurarme que me serás siempre fiel.

—¡Y te lo juro, guacanajo mío! ¡A mí que trabajo me cuesta!

—¡Es que ya sabes lo que te he contado de mi señora, que me resultó un pendejo no más!

—Pues te juro serte mucho más fiel que tu mujer!

—No me la nombres, ché. No me la nombres, que si se apareciera ante mi vista..., la mataría como a una perra.

—¿Me convidas a un vermut, indiano mío? Y déjate ya de recuerdos. A lo mejor se ha muerto.

—¡Eso sí que no, que era muy viva mi Paquita! ¡Pero que muy viva!





DON Anselmo, llevado casi a rastras por su amigo don Fulgencio, un viejo verde de lo más calificado, hicieron su entrada triunfal en el gran salón del Continental Palace Pimp.

—¿Y es aquí?...—preguntó tímidamente don Anselmo.

—Sí. Nos aguardan dos lindos pimpollitos que apenas cumplieron los diecisiete abriles. ¡Y qué abriles tan floridos, mi querido don Anselmo! Pero ¿qué le pasa? Está usted tristón, preocupado.

—Sí, señor. ¿A qué negarlo? Pero es que, la verdad, me remuerde un poco la conciencia por este engaño que voy a inferir a mi pobre Purita. ¡Si viera usted qué modosita es, qué prudente, qué trabajadora!... Y, sobre todo, ¡qué seriecita! Bueno... No es para contarle detalles;

si usted supiera el trabajo que me cuesta convencerla... cada vez que... naturalmente...; convencerla de que hay que amar de cuando en cuando.

—Sí, sí. Ya me lo ha repetido varias veces. ¡Esa muchachita debe ser una alhaja. Pero un día es un día, amigo don Anselmo.

—Pero ahora es de noche. Y la pobrecita Pura, tan solita, estará ahora... Sí, eso es—dijo después de mirar el reloj—, en este momento debe estar limpiándose y engrasándose su maquinita de escribir. ¡Y yo aquí en este antro, dispuesto a serle infiel! ¡Me mordería la lengua de rabia!

—¡Bueno! Ya que con tales lamentaciones ha purificado y lavado su conciencia, no piense más en su Purita y vamos a donde nos aguardan esos dos pimpollos.

—¡Vamos allá, don Fulgencio; pero, conste que soy un miserable!





ALLÁBASE la fiesta en su apogeo. Todos los invitados, entre los cuales figuraban don Nicomedes, don Anselmo, Paquito y el indiano, aguardaban la solemne entrada triunfal del moro Muley Yusuf Ben Pistón, que vendría de los despachos reservados dando el brazo a la reina de la fiesta, elegida de su corazón.

—¡Signores y signorinas!—gritó el señor don Enrico desde el estrado, especie de trono dispuesto para que las cortesanas del Gran Continental Palace Pimp rindiesen homenaje y pleitesía a la feliz pareja hispanoárabe—. ¡Pónganse todos en pie, que van a penetrar en el salón y a ocupar su trono el moro amigo y de paz Muley Yusuf Ben Pistón y su favorita española, la bellísima Lindaraja! ¡Adelante, ilustre y real pareja! ¡Avanti! ¡Avanti!

La «Bella Lindaraja», soldada más que cogida al brazo de su moro, apenas si tenía ojos más que para admirarle ni oídos sino para escuchar sus ardientes palabras.

La entrada produjo en todos los asistentes un murmullo de admiración entusiasta... Pero, ¡ay!, que unos gritos desgarrantes salieron casi a un tiempo de los labios de don Nicomedes, don Anselmo, Paquito y el indiano, que gritaran:

—¡Gloria!

—¡Purita!

—¡Lola!

—¡Paca!



